

~~~~~

## CAPITULO V.

—o—o—o—

Miss Eva habia conocido la necesidad de resignarse, y sus reflexiones, sostenidas por el orgullo de su sexo, la habian determinado á guardar el silencio sobre los sentimientos que la inspiraba Teodoro. Contenta de tenerle á su lado, se esforzaba á no verle sino como un hermano; pero tenia por este hermano todas las atenciones mas delicadas de una muger sensible por un amante adorado: los versos que él habia oido, se complacia Eva en cantarlos des-

(133)

de la mañana á la noche. En mil pequeños favores que podia hacerle sin inconvenientes, empleaba tal presteza, tal interes, que indicaba lo bastante, á pesar que el principio no era sino mui aparente. Pero aunque estuviesen frecuentemente juntos, aunque tuviesen mui á menudo sus conversaciones particulares, nunca se le escapaba á Teodoro una palabra que pudiese indicar un sentimiento mas vivo que el de la amistad. Evitaba en fin las ocasiones en que podia estar solo con ella, aunque su compañía le fuese tan agradable, no pudiendo ser indiferente á los encantos irresistibles de la sociedad de una muger amable.

«Es preciso, le dice una noche



Shechem, que yo te imponga en el secreto de ciertas operaciones que me producen grandes beneficios, y que al mismo tiempo sirven á la subsistencia de un buen número de familias pobres, que sin esto perecieran de miseria. Yo sé que tú no gustas de salir; pero á favor de la noche nada tienes que temer.»

Después de haber vacilado un poco, Teodoro aceptó la invitación, y siguió á su amigo en una calle estrecha que salía á Rosemary-Lane (1). Entraron en un patio donde había una casa espacio-

---

(1) Cuartel de Londres habitado por los mas pobres de los judíos.

sa, pero cuyo aspecto anunciaba la indigencia de los que la habitaban. Era la mansion de unos miserables judíos hacinados y revueltos en unas cuevas tristes y oscuras, propias solo á servir de retiro á los mas viles animales, mas bien que de habitacion de hombres. Esta multitud cubierta de andrajos, el olor infectado que exhalaba este asilo de la mas horrorosa miseria, la diversidad de lenguas y gerigonzas que á la vez se escuchaban, produjeron tal impresion en Teodoro, que su primer movimiento fue retroceder de sorpresa y con cierta especie de espanto. Shechem entró en un cuarto grande, oscurecido por el humo de muchas lámparas de cobre, y fue á



colocarse en un gran sillón á uno de los extremos delante de una mesa de pino, á cuyo lado se sentó Teodoro: un momento despues un centenar de hombres y mugeres vinieron á sentarse en unos bancos que habia al rededor de la sala. Teodoro al verlos creyó que era una banda de ladrones, reunidos para concertar sus empresas contra las propiedades, ó conspiradores nocturnos que van á meditar proscripciones y jurar el trastorno del Estado. Sus caras bronceadas y descarnadas, su fisonomía sospechosa, sus vestidos destrozados y sucios, el aspecto lúgubre del sitio, todo parecia anunciar una asociacion de pícaros; pero estas reflexiones de Teodoro

dieron bien pronto lugar á sentimientos de otra especie.

Dos ancianos se paseaban de un extremo al otro de la sala, encargados de mantener el orden y el silencio: adelantóse otro y puso una bolsa sobre la mesa, lo que por el momento hizo congeturar á Teodoro que sus sospechas podian ser fundadas.

«Yo te he prestado, dijo el judío á Shechem, una suma de dinero que el comercio me permite darte con interes. ¡Puedan todos los hijos de Jacob prosperar como yo!»

Shechem tomó la bolsa sonriéndose, la desocupó, y contó la suma, mientras que una especie de empleado tomaba nota en un gran registro.



Presentóse otro judío que pidió el empréstito de una suma, indicando el uso que se proponia hacer de ella, y le fue contada inmediatamente: otros muchos hicieron reintegros ó pedidos.

Despues vino uno á quien se confiaba cierta cantidad por mes, para hacer el comercio y sostener su familia, bajo la condicion de entregar á Shechem una porcion de sus beneficios hasta hallarse en estado de reintegrar el préstamo que le habia hecho. De este número son todos los judíos que vemos conduciendo géneros por las calles.

En fin, llegó el turno á la clase mas pobre, así como á un gran número de jóvenes de ambos se-

xos, á quienes no se confiaba dinero, pero que recibian diariamente una cierta cantidad de géneros, de los que daban cuenta todas las noches, haciendo igualmente la entrega de una parte de sus ganancias. De aquí es de donde Teodoro infirió que habia un almacen en la casa, y que Shechem habia formado una institucion preciosa, digna de ser imitada.

Es bien extraño, decia él entre sí, que unas acciones tan nobles no sean conocidas, cuando las fastuosas é insignificantes limosnas por suscripcion son elogiadas y exageradas hasta en las cocinas de las tabernas. Estos son actos de caridad útiles, reproducidos sin cesar por un fondo ina-



gatable. ¿No valdria mas adoptar el principio de este establecimiento, y suministrar medios de fomentar y alentar la industria, que suscribir para sostener la ociosidad? En un tiempo de escasez, el medio de atraer la abundancia no está en prodigar en pura pérdida los capitales de que se puede disponer. Si las suscripciones tan en uso en Inglaterra tuviesen un objeto útil, ó por ejemplo, se empleasen en premios para retener en lo interior, donde se necesita, las mercancías que se envían fuera, sobre todo cuando el precio de la venta es tan ventajoso en el reino como en el extranjero, no hai ciertamente un hombre de talento que quisiera correr los ries-

gos de la esportacion. Aunque la venta se hiciese á un precio inferior, la ventaja no seria por eso menos igual, pues que no habria fletes que pagar; entonces no se experimentaria la escasez. La multiplicacion de brazos ociosos agota la fuente de las producciones de todas clases. Que el anciano, el hombre enfermo ó débil sea socorrido y dispensado del trabajo, es mui justo; pero si se forzase á él al vagamundo ó al ocioso, la sociedad hallaria en esto mas ventajas que las que tiene en hacerlos ahorcar, deportar, ó en favorecer sus vicios con perniciosas suscripciones.»

Convengamos en que estas reflexiones de Teodoro, tan justas



como son , tienen un poco de entusiasmo. ¿Quién es aquel que sacrificará una guinea sin producirle provecho ni placer? ¿Y qué placer resulta de aliviar secretamente la indigencia industriosa y honrada? Una limosna por suscripción tiene sin duda otro aliciente para el amor propio: se disfruta la satisfacción de ver su nombre consignado en los papeles públicos á el lado de las personas de título y de las mugeres á la moda. ¿Hai un medio mas poderoso para despertar la generosidad?

En menos de dos horas Shechem concluyó sus negocios con sus compatriotas , y volvió á su casa acompañado de Teodoro. Miss

Eva los recibió con una sonrisa, y los invitó á una parca comida dispuesta y sazónada por ella. Después cantó un romance de los mas tiernos, con una espresion que no podia escapársele al jóven Teodoro, quien se retiró á su cuarto lo mas pronto que le fue posible: la ocupacion es el paliativo mas eficaz para las aflicciones del alma: las penas de que secretamente estaba devorado, parecia se amortiguaban por el trabajo; y á mas de esto, hallaba en ello un pretexto para evitar el ver á la hermosa hija de Shechem cuando este último estaba ausente. Una entrevista con ella á solas no podia menos de ser embarazosa para él.

«Huye de mí, decia frecuente-



mente miss Eva : no me ama : ¡ah, puede que suspire por otra , por Elisa! ¿ Pero quién es esta Elisa? Mas cuando él me quisiese , ¿ la religion no nos separa para siempre? Si yo estuviese cierta de que no me mira con indiferencia , me parece que fuera feliz : no es posible que una muger sea insensible al cariño de un hombre como él , porque de otra manera , creeria que Teodoro ha sido desgraciado en amor . ¡ Ah , hombre misterioso ! ¿ cuál es , pues , ese secreto que tú niegas á la amistad ? ¿ Por qué tu vida estará en peligro ? »

Así es como esta jóven interesante se entregaba á las inquietudes de un sentimiento que hubiera debido esforzarse á vencer , y

que ocupaba mas y mas las facultades de su alma , aunque sus ojos solos fuesen los intérpretes . Cerca de tres meses se pasaron sin que ningun accidente turbase la tranquilidad de esta familia , y que nada debilitase la impresion de que se hallaba poseido el corazon de miss Eva , que frecuentemente creia no demostrar sino una buena amistad á Teodoro , cuando sus miradas , sus cuidados ; cuando todo en ella anunciaba el amor mas vivo : su padre lo observaba , y su alma estaba traspasada de dolor .

Una mañana que Shechem habia salido , y que Rebecca estaba ocupada con su hija , un ligero golpe de martillo á la puerta llamó la atencion de Teodoro que se



aventuró á ir á abrir: un jóven decentemente vestido de negro se presenta: la tristeza y la confusion estaban pintadas en su fisonomía: la acogida que vió en Teodoro le serenó un poco, y le dijo:

«Os confesaré, señor, que es contra mi voluntad el recurrir á unos medios extremos para salir del embarazo en que me hallo; pero personas que se llaman cristianas se han negado á favorecerme, y no me restan ya otros recursos que los que no debiera esperar obtener donde los busco: cuando yo reflexiono, sobre todo, en las únicas condiciones que puedo ofrecer, no puedo esperar sino una negativa.

— Veo, señor, que me creéis

ligado en negocios con el caballero Bensadí: en esto estais equivocado; sin embargo, yo puedo comunicarle cuanto juzgueis conveniente confiarme.

— Basta: vos sois poco mas ó menos de mi edad, señor; espero que recibireis con indulgencia esplicaciones que pudieran parecer inútiles ó insignificantes á un viejo. Mi padre acaba de morir: tenia un comercio que yo creia floreciente á vista de los gastos que hacia: asociado con él, pero no teniendo ninguna razon para sospechar de su prudencia, nunca traté de escudriñar su conducta, ni de exigir mi porcion de los capitales que yo creia empleados útilmente: su muerte ha destruido



mi ilusion, y me ha sido forzoso sacrificar hasta mi última guinea para pagar sus deudas. Cuando yo me creia rico, me casé con una señorita jóven, criada en la opulencia y poco hecha para conocer el infortunio. Lejos de acusarme de haberla asociado á mis reveses, nada omite por consolarme: sus cualidades generosas é interesantes que debieran hacer mi felicidad, son precisamente las que hacen hoi mi situacion mas horrorosa: despues de mil diligencias, he llegado á procurarme un puesto lucrativo en la India; pero no puedo asegurarle si antes no entrego una suma que no tengo; y para cuyo empréstito no tengo otra garantía que ofrecer que mi recibo.

— ¿Qué será de vuestra muger? preguntó Teodoro. ¿Su intencion es la de seguiros?

— Ese es precisamente, señor, el objeto de mis penas: me costaria el llevarla cien libras esterlinas, y cien libras esterlinas son una fortuna para mí en la posicion en que me encuentro: mi corazon se hace pedazos cuando pienso en la necesidad de dejarla: ella quiere absolutamente partir mi suerte, y mi negativa la espone á morir de dolor. Estas crueles reflexiones me quitan, lo confieso, la firmeza de que tendré necesidad: yo creo poder tener el espíritu y firmeza necesarios para soportar el infortunio; pero ¡mi muger!!!.... ¡mi muger, á quien amo mas que á mi



vida!!! ¡Ah! ¡me estremezco con sola la idea de las desgracias á que mi suerte conduce á esta infeliz!

— Cesad , señor , cesad , os lo suplico , de hablarme asi de vuestra muger (esclamó Teodoro levantándose y volviendo la cara). No sabeis hasta qué punto compadezco vuestras penas : esperad que yo haya hablado á la hija del señor Bensadí; puede que la decida á llenar vuestros deseos : sin embargo , bien conocereis que no es comun prestar sin garantía , aunque el prestamista sea un cristiano.

— Yo vengo , dice Teodoro entrando en el cuarto donde estaba miss Eva , á pedir una gracia á mi hermana.

— ¿Podrá mi hermano , respon-

dió ella sonrosándose , experimentar de mí un desaire , pendiendo de mi mano lo que él desea?

— Tengo que suplicaros en favor de dos esposos desgraciados , que sufren aun mas porque se aman , y que las penas del uno son para el otro mas insoportables que las suyas. Se trata de un jóven que se ve en vísperas de dejar á una muger que adora , y sin la que la existencia no tiene precio alguno á sus ojos : tiene que abandonarla para ir á buscar su subsistencia en la India : es forzoso que renuncie á una felicidad verdadera que el hombre puede gozar sobre la tierra , á menos que vos no podais hacerle alguna anticipacion bajo la simple garantía de su firma.